

# ACERCAMIENTOS AL CAMPO PERIODÍSTICO: SU RELACIÓN CON OTROS CAMPOS SOCIALES

Juan Carlos Pimienta Mesa<sup>1</sup>

## RESUMEN

La noción de complejidad es útil a la hora de comprender el periodismo desde perspectivas que, alejadas de lo tradicional y manido, proporcionen formas más útiles para su reflexión y desarrollo en tiempos cada vez más complejos. Si bien los procesos comunicativos de la época analógica ya eran complejos, el incremento del número, tipo, calidad y volumen de las conexiones en una sociedad hiperconectada como la actual impone otros retos. Para enfrentar este panorama profuso de complejidad el autor aborda la Teoría de la Economía de las Prácticas Sociales de Pierre Bourdieu, un corpus teórico, conceptual y metodológico útil y apropiado para entender y describir las múltiples tensiones dinámicas de esta sociedad. Como consecuencia directa de estos dos marcos conceptuales, se sostiene que la reflexión sobre la práctica del periodismo debe complementar la «interdisciplinariedad» con una «transdisciplinariedad», pues esta estrategia de investigación permite la hibridación de los elementos conceptuales y metodológicos de las ciencias sociales –y de otras ciencias– complementadas incluso con saberes no académicos. Lo anterior pretende demostrarse con una visión panorámica del periodismo como campo social y cultural complejo desde la centralidad de las políticas editoriales y las diferentes tensiones dinámicas de la práctica periodística con respecto a los campos cognitivo/académico, político/económico y tecnológico, no siendo estos los únicos sino lo primeros que saltan a la vista.

**Palabras clave:** Epistemología del periodismo, Sistema social complejo, Teoría de campos, Interdisciplinariedad, Transdisciplinariedad, Políticas editoriales.

---

<sup>1</sup> Antropólogo. Estudiante de la Maestría en Periodismo de la Universidad de Antioquia.  
**Correo electrónico:** [juan.pimienta@udea.edu.co](mailto:juan.pimienta@udea.edu.co)

## ACERCAMIENTOS AL CAMPO PERIODÍSTICO: SU RELACIÓN CON OTROS CAMPOS SOCIALES

### Noción de complejidad y sistemas sociales

En lo cotidiano y de manera tradicional, el término «complejidad» ha expresado turbación, confusión, incapacidad para definir de manera simple, para nombrar de manera clara, para poner orden en las ideas. En consecuencia, se piensa que el conocimiento científico tiene la misión de disipar una aparente complejidad de los fenómenos del mundo para revelar el orden simple al que obedecen. Esta es una de las premisas epistémicas centrales de la corriente hegemónica entre las ciencias de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX: el positivismo científico.

Este paradigma epistémico positivista tiene varias características. Primero, asume la existencia de una sola realidad regida por leyes que permiten explicar, predecir y controlar los fenómenos. Segundo, define que el papel de las ciencias es descubrir dichas leyes y traducirlas a generalizaciones teóricas matemáticas de aplicación a cualquier contexto y situación, utilizando para ello el llamado método científico. Entre otras cosas, el método científico se defiende como universal válido y aplicable a todos los objetos, sin importar sus diferencias. Tercero, tiene al experimento y a la observación empírica como métodos fundamentales, pero férreamente controlados por los marcos del conocimiento científico ya legitimado. Cuarto, supone como actitud científica básica el distanciamiento entre el sujeto de conocimiento y su objeto de estudio, así mismo esto es garantía de objetividad. Quinto, establece la relación entre los datos de la realidad siguiendo correlaciones lineales de causa-efecto. Su construcción conceptual se estructura a partir de dualismos que son operados más en un sentido de exclusión que de complementación: sujeto/objeto, cuerpo/alma, espíritu/materia, cualidad/cantidad, sentimiento/razón, libertad/determinismo, etc. Su operación mental privilegiada es el «análisis» o proceso de descomposición del todo en sus partes, lo que conlleva a una comprensión de la realidad como agregado de partes que pueden ser reducidas a clasificaciones compuestas por elementos claros y discretos. Sexto, se consideran el caos, el azar o las probabilidades no determinadas como casos fortuitos o accidentes que no interfieren con la generación de leyes y predicciones; la irregularidad no afecta ni modifica la plenitud de la regularidad, sino que es achacada a algún error en los procedimientos de investigación. Y, por último, se asume el dominio de la naturaleza como el interés final de la actividad científica; el conocimiento del mundo, de los demás y de sí mismo son un mero medio para explotar y someter la naturaleza.

En otras palabras, se trata de una sustitución de lo visible complicado por algo invisible pero simple: un proceso de reducción de la complejidad visible por unas abstracciones (invisibles) que tienen la cualidad de lo simple y lo manejable. La gran eficacia y aceptación de este tipo de pensamiento radica en su

coincidencia con el proyecto expansivo del capitalismo en cuanto a su finalidad de manipulación y dominio de la naturaleza. Por la misma razón las ciencias naturales, disciplinadamente matemáticas, han sido colocadas en posiciones de superioridad jerárquica con respecto a todos los demás tipos de pensamiento.

Ahora bien, fue justamente la más “dura” de las ciencias naturales, la física, la que puso en cuestión el modelo de una realidad obediente a leyes simples a partir de los desarrollos de la termodinámica, la teoría de la relatividad y la física cuántica. Estos ámbitos del conocimiento físico revelaban, por el contrario, un universo altamente complejo por la gran profusión, tanto de sus elementos constituyentes, como de las formas de interacciones entre ellos. Así las cosas, la noción de complejidad emergió a fines de los años sesenta, impulsada por la Teoría de la Información, la Cibernética, la Teoría de Sistemas y el concepto de auto-organización. En este sentido, la complejidad se libera de su sentido tradicional y positivista como complicación o confusión, “para reunir en sí orden, desorden y organización y, en el seno de la organización, lo uno y lo diverso” (Morin, 1994, p. 24).

¿Qué es la complejidad? A primera vista la complejidad es un tejido (complexus: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre... (Morin, 1994, p. 32). ¿Qué es la complejidad? (...) Es un fenómeno cuantitativo, una cantidad extrema de interacciones e interferencias entre un número muy grande de unidades (Morin, 1994, p. 59).

Hay entonces una tensión entre la necesidad de clarificar y organizar el conocimiento, y la complejidad del universo. El pensamiento complejo implica asumir y afrontar el entramado infinito de inter-retroacciones, la solidaridad de los fenómenos entre sí, la bruma, la incertidumbre, la contradicción. Según Edgar Morin hay tres principios que ayudan a pensar la complejidad. Por una parte, el principio dialógico asume la dualidad en el seno de la unidad, asociando dos términos a la vez complementarios y antagonistas. Este principio permite percibir las similitudes y las relaciones entre elementos aparentemente separados por cuenta de las clasificaciones tradicionales de la modernidad positivista, como, por ejemplo, la que sitúa a la política y la economía en campos diferentes y excluyentes, cada una con sus saberes y sus expertos. Por otra parte, el principio de recursividad organizacional entiende un «proceso recursivo» como “aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce”. Un ejemplo de esto puede verse en el hecho de que la sociedad es producida por las interacciones entre sujetos, pero también la sociedad producida y su proceso de producción retro actúan sobre los sujetos y los produce. Se trata de romper con la idea lineal de causa/efecto, porque todo lo que es producido incide sobre aquello que lo ha producido en un ciclo auto-constitutivo,

auto-organizador y auto-productor: los famosos bucles de retroalimentación. Por último, el principio hologramático se basa en la característica de los hologramas físicos en los cuales el menor punto de la imagen del holograma contiene casi la totalidad de la información del objeto representado. Se deriva de esto la idea de trascender “el reduccionismo que no ve más que las partes, y al holismo que no ve más que el todo. Es, de alguna manera, la idea formulada por Pascal: ‘No puedo concebir al todo sin concebir a las partes y no puedo concebir a las partes al todo sin concebir al todo’. Esta idea aparentemente paradójica inmoviliza al espíritu lineal” (Morin, 1994, pp. 105-107).

Esta noción de complejidad es útil a la hora de comprender el periodismo desde perspectivas que, alejadas de lo tradicional y manido, proporcionan formas más útiles para su reflexión y desarrollo en tiempos cada vez más complejos. Aunque los procesos comunicativos de la época analógica ya eran complejos, ahora lo son más por el incremento del número, tipo, calidad y volumen de las conexiones en una sociedad hiperconectada. Esta noción de complejidad es aplicable más que todo a la actitud epistémica, a la manera en cómo entendemos y empleamos el conocimiento en todas las esferas del mundo físico, natural y humano. Para observar concretamente al periodismo, que es lo que aquí nos interesa, puede ser útil el concepto de «sistema social complejo». En este orden de ideas, y con un interés más centrado en lo que llaman “desarrollo social”, la Cepal ha invitado a ver los fenómenos sociales como sistemas complejos y, en consecuencia, a desarrollar modelos de estudio que sean capaces de captar y transmitir su complejidad.

Así mismo, señala seis características básicas de los sistemas complejos: la conexión o alta cantidad de conexiones en red; la interdependencia o alta intensidad de las conexiones en red; la diversidad de los nodos y elementos conectados y tipos de conexión; la adaptación como la habilidad para cambiar las formas de procesamiento de la información; la “dependencia del camino” o *path dependecy*, según la cual los sistemas complejos son marcados por hechos de su historia denominados “accidentes congelados”, que al acumularse dan lugar a una complejidad efectiva; y por último, la emergencia, que alude al multinivel no lineal de la redes sociales, y se ejemplifica con el concepto de auto-organización y con el principio básico metafísico de la dialéctica de Karl Marx: “Diferencias meramente cuantitativas más allá de cierto punto resultan en cambios cualitativos”.

El planteamiento central es que los sistemas sociales pueden ser mejor observados y estudiados si se les considera sistemas complejos comprendidos como redes de comunicaciones, lo cual implica deconstruir y reconstruir las formas epistémicas tradicionales de la construcción de las ciencias. Aquí se hace alusión directa a los sistemas sociales, pero no hay que perder de vista que estas características de complejidad también son aplicables a los sistemas naturales, de los cuales este principio ha sido observado.

Ahora bien, se han empleado varias expresiones para referirse a este cambio epistémico: nuevas ciencias de la complejidad, ciencias de la vida, Estudio de los sistemas complejos adaptativos (SCA), Teoría de los sistemas dinámicos no-lineales. Los sociólogos y filósofos, por su parte, hablan de «nuevos paradigmas». Carlos Eduardo Maldonado (2003) enumera lo que a su juicio son los tres grandes componentes de los acercamientos a los fenómenos complejos, los cuales han sido formulados y desarrollados de manera asimétrica, aislada, gradual, y separados históricamente: a) La comprensión y la explicación de la complejidad, que se refiere a la filosofía y la lógica de las ciencias de la complejidad; b) La actuación sobre la complejidad, que se ubica en los usos de la simulación y al plano conceptual de la complejidad; c) El dominio de la complejidad, que atañe a la política de las ciencias de la complejidad. Maldonado sostiene que estos tres grandes componentes deben ser tenidos en cuenta de manera simultánea. Su propuesta busca presentarlos de manera unificada, llamando esta triada «el marco teórico de las ciencias de la complejidad» (2003, p. 140). Se trata de una propuesta ambiciosa desde un punto de vista cognoscitivo, y, en principio, acertada en la medida en que es consecuente con la idea de integración de campos, propia de lo que se está pregonando sobre el estudio de los fenómenos (sociales) complejos.

Pero también encierra un gran peligro: básicamente, sin hacer un examen más profundo, no habría nada que objetar al «conocimiento» filosófico y científico de la complejidad, o a la «actuación» sobre ella entendida como la simulación o modelación de la complejidad social; pero sí es, por decir lo menos, inquietante la enunciación de un «dominio» de la complejidad. Es como si siguiera apareciendo el fantasma de lo que Kuhn llama una “ciencia normal” en la forma de uno de sus más inquietantes sesgos epistémicos: un pretendido dominio de la realidad sustentado en la idea antropocéntrica de la superioridad humana.

Uno de los fundamentos de la complejidad implica comprender al ser humano como la parte más compleja de la vida planetaria. Para ello emplea la metáfora de las partes de una red, en lugar de la tradicional imagen de superioridad de la cúspide de una pirámide. En este orden de ideas, el «dominio de la complejidad» al que alude Maldonado puede ser considerado como una manifestación subyacente de un rasgo epistémico propio de la ciencia normal. Las inquietudes aumentan y las alarmas se disparan al pensar en cómo los políticos van a desarrollar una supuesta «política de las ciencias de la complejidad». Una pista nos la da el Ph. D. Martin Hilbert (Cepal) cuando hace explícita la idea de que la complejidad social está vinculada a unas nuevas políticas que deben seguirse en la búsqueda del “desarrollo”.

No hay lugar en este artículo para explorar los componentes históricos, sociales y culturales de la noción de desarrollo aplicada en la modernidad. Para un estudio detallado de ella, se remite al lector interesado a las obras del antropólogo colombiano Arturo Escobar (1996, 1999). Basta enunciar acá su relación explícita

y evidente con la idea del crecimiento sostenido de la economía a partir de un dominio creciente de la naturaleza y su simulación de neutralidad científica a través de la entronización de la herramienta de la planeación. Las consecuencias sociales, culturales y ambientales de esta concepción del desarrollo, y de su aplicación por parte de las corrientes hegemónicas de los políticos y tecnócratas del mundo, son evidentes y forman parte de las agendas periodísticas actuales. Así, lo que podría ser una nueva manera de comprender la realidad como un todo integrado y diferenciado al mismo tiempo, impredecible y adaptativo, emergente y no lineal, corre el riesgo de ser cooptado por unas lógicas políticas, cerradas a intereses muy concretos, por decir lo menos.

Si se consideran detenidamente los principios enunciados por Morin, las características esbozadas por la Cepal y las prometedoras y al mismo tiempo ominosas consideraciones de Maldonado, el periodismo puede ser visto como un sistema social/cultural que hace patente su complejidad tanto en sus relaciones en red al interior de su propio campo como en sus relaciones en red con todos los demás campos sociales/culturales. Así, se sostiene en este artículo que el periodismo debe ser examinado como un sistema social/cultural complejo representable mediante una red también compleja de conexiones al interior del campo y hacia el exterior con los demás campos sociales.

## Teoría de campos

El segundo planteamiento central de este artículo es que un sistema complejo en red, como lo es el periodismo, puede ser estudiado y cartografiado mediante la Teoría de la Economía de las Prácticas Sociales formulada por Pierre Bourdieu. Esta es una teoría general de las prácticas cotidianas de los agentes sociales, que se puede aplicar para estudiar la dinámica de cualquier actividad social humana bajo una fórmula: *Campo + [Capital + Habitus] = Prácticas sociales* (Cerón, 2019, p. 311). Esta teoría se muestra capaz de reflejar tanto la estructura como el movimiento de los acontecimientos sociales, ya que propone conjugar las tradiciones científicas del objetivismo y subjetivismo, que no considera excluyentes sino momentos complementarios de comprensión científica de las prácticas sociales. Dentro de este enfoque se considera fundamental el tránsito constante entre lo teórico y lo empírico.

Pensar la cultura y la sociedad con Bourdieu significa ante todo asumir una posición reflexiva, crítica y vigilante del propio pensamiento; en tal sentido, su contribución, pese a estar inscrita en los centros de producción dominante, aporta los elementos para desacralizar los discursos consagrados y abre las condiciones para someter a un proceso de historización el conjunto de conceptos y categorías, cuyo uso “científico” y, por consiguiente, “no sospechoso” configura el trabajo intelectual en este lado del globo (...) Pensar la cultura con Bourdieu es hacer salir de su clandestinidad los estereotipos, los lugares comunes, es decir, las doxas, que condenan a la aceptación pasiva de una realidad que es –aparentemente– inevitable (Reguillo, 2007, p. 13).

Para explicar el concepto de capital, Bourdieu diferencia entre la teoría económica aceptada «la economía economicista» que focaliza su explicación en la lógica costo-beneficio material y una «teoría general de la Economía de las Prácticas Sociales» que supera el reduccionismo economicista incorporando un concepto mucho más amplio de capital (Cerón, 2019, p. 312). Se rompen los límites monoconceptuales de capital presentándolo en cuatro formas básicas: económico, cultural, social y simbólico. Estos capitales se producen en ciertas condiciones de un «campo» específico, donde se valoran, circulan, compiten con otros, se jerarquizan, se valorizan o devalúan con el paso del tiempo, se acumulan, se transmiten o no.

Dice Bourdieu en cuanto a la noción de campo: “Es posible construir un espacio cuyas tres dimensiones fundamentales estarían definidas por el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución en el tiempo de estas dos propiedades” (Bourdieu, citado por Cerón, 2019, p. 314). En las prácticas sociales los agentes se agrupan o se alejan en relación con la posesión o no de cierto tipo de capitales, siendo desigual su distribución. Esto configura un espacio social asimétrico y jerárquico llamado «campo», un sistema de relaciones entre posiciones diferentes, diferenciadas y diferenciantes, dadas en función directa a sus capitales. En otras palabras, los campos de Bourdieu son espacios pluridimensionales de posiciones en los cuales se presenta una lucha por la apropiación material y simbólica de distintos tipos de capital, por parte de una serie de contendientes desnivelados, en un marco de tensiones entre el cambio y la continuidad. El campo designa un “espacio social delimitado y dinámico, relativamente autónomo, estructurado por los agentes y los juegos de rivalidad y cuyo fundamento es la adhesión común de los antagonistas a los principios de valoración de las apuestas y envites” (Andión, 2006, p. 196).

Por último, partiendo de que hay una distribución desigual de los capitales que configura los campos y una distribución desigual del sentido para agenciar los capitales en cada campo, Bourdieu introduce el concepto de «habitus» como la apropiación del «sentido del juego», la capacidad de orientación en el tiempo-espacio social articulada por las condiciones objetivas (relación de condicionamiento), que funciona como estructura estructurante (relación de conocimiento) y que es expresión de concepciones subjetivas (en tanto mezcla tanto reproducción como invención). El «actante» no es ni un autómatas ni un calculador racional deliberado, sino que es un agente social.

El habitus es la categoría que tiende un puente entre el momento objetivo de la cultura (los discursos sociales y las instituciones) y el momento subjetivo de la cultura (las prácticas). Es el término que permite fijar la “incorporación” de lo social en el sujeto, lo que permite contemplar una subjetividad modelada, configurada y enmarcada por un conjunto de estructuras sociales objetivas pero dinámicas de carácter histórico, que el sujeto incorpora de acuerdo con

el lugar social que ocupa en dicha estructura. El habitus es un conjunto de disposiciones lógicas y afectivas, que hace posible entender la negociación entre sujetos históricos y situados y las estructuras que los han formado como tales; negociación que se verifica en la práctica, en la puesta en escena de los valores y saberes incorporados (Reguillo, 2007, p. 10). En últimas, el habitus es consecuencia de la socialización, de las condiciones objetivas de existencia. Estas se manifiestan desde el agente como “disposiciones y esquemas prácticos y de juicio que evolucionan con la experiencia, que organizan y dan coherencia en una lógica práctica no consciente y que es convergente a sus condiciones de origen” (Andión, 2006, p. 196).

A partir de estas tres nociones centrales –capital, campo y habitus– es posible discernir las dinámicas complejas del periodismo dentro del marco más amplio de las sociedades en que se desenvuelve, hacia el interior y hacia el exterior de su campo específico. Tal estudio, sobre la base de los planteamientos de Bourdieu, daría lugar a una «topología social» (Cerón, 2019, p. 314), una manera cartográfica incluso representable de forma gráfica.

Una reflexión atenta sobre esta propuesta de trabajo da cuenta de la necesidad de apoyarse en las herramientas conceptuales y metodológicas de muy diversas tradiciones del conocimiento. La sociología como una topología social (según la propuesta sociológica de Bourdieu) escapa a los alcances de la mera sociología, requiriendo el concierto de la totalidad de las disciplinas académicas sociales y de algunas físicas y naturales. No se trata de eliminar la estrategia tradicional de investigación de la «interdisciplinariedad», a veces tan mal comprendida. Se trata de desarrollarla y complementarla con una «transdisciplinariedad», entendida como la tendencia a la hibridación de los elementos conceptuales y metodológicos de las ciencias sociales –y de otras ciencias–, complementadas incluso con saberes no académicos, en torno a temas, situaciones, procesos y problemas que en su especificidad son el hilo conductor y motivo central de pesquisa. Es un cambio de enfoque que busca establecer entendimientos entre los lenguajes y metalenguajes que han producido las ciencias en torno a objetos comunes de reflexión.

La Teoría de la Economía de las Prácticas Sociales formulada por Pierre Bourdieu se presenta como una forma de intentar poner en práctica un movimiento dialéctico de corte epistémico entre la interdisciplinariedad tradicional y una transdisciplinariedad que posiblemente pueda responder más adecuadamente a la aceleración y complejización de las dinámicas de todas las esferas sociales, incluida la del periodismo, incrustada como producida y como productora del orden/desorden social/cultural en el que existe.

## **Periodismo como campo social y cultural**

La importancia del periodismo en las democracias modernas ha sido un asunto



tratado en un gran número de estudios y publicaciones. Existe una amplia documentación que enumera y reflexiona sobre las diversas actividades y cualidades que componen el “ser” y el “deber ser” del ejercicio periodístico. Veamos dos ejemplos que resumen muy bien las cualidades del “deber ser”. El Círculo de Periodistas de Bogotá ha elaborado un código de ética, del cual interesa destacar los siguientes elementos:

PREÁMBULO. La principal obligación del periodista es informar sobre los hechos de interés público de manera veraz y su compromiso ético prioritario es con la sociedad a la que sirve. Quienes trabajan en los medios de comunicación se obligan a propender por el respeto a la vida y a la dignidad humana, promover el uso de métodos pacíficos para resolver diferencias, ejercer la tolerancia y el pluralismo.

RESPONSABILIDAD SOCIAL • ARTÍCULO UNDÉCIMO. El periodista es responsable del poder que le dan su profesión y los medios que maneja; por tanto, es un deber maximizar sus buenos efectos y prevenir cualquier daño atribuible a sus informaciones. 1. Los medios de comunicación se deben entender como servicio de interés público; por tanto, la acción periodística se orienta en ese sentido. Esta responsabilidad prima sobre cualquiera otra, sea con los patronos o con los distintos poderes. 2. El compromiso del periodista consiste en servir y defender los intereses de la democracia, más allá de cualquier adhesión a gobiernos, partidos o instituciones (Círculo de Periodistas de Bogotá, 2019).

El profesor colombiano Raúl Osorio, por su parte, sostiene que “el periodismo orienta, guía, interpreta, explica, enseña y, sobre todo, intenta comprender en profundidad el mundo y su accionar; por eso su esencia es la libertad de pensamiento, de expresión y de diálogo social o conversación para poner en común y fortalecer el consenso y la participación democrática” (Osorio, 2017, p. 1). Y así, cualquier consulta sobre el significado y la función social del periodismo podría sintetizarse en la cadena de actividades del observar, comprender, registrar, interpretar, comunicar y formar para la participación democrática. Cada uno de los elementos de esta cadena no lineal ha sido profusamente explicado en las obras de autores como Ángel Faus Belau (1966), Gaye Tuchman (1983), Teun van Dijk (1990), Lorenzo Gomis (1991), David Randall (1999), Felipe Pena de Oliveira (2009), entre otros.

Sin embargo, como es evidente, las consideraciones del “deber ser” suelen tropezar con dificultades e imposibilidades en el terreno de la realidad, en donde se articula como campo social y cultural de tensiones y movimientos el “ser” del periodismo. El “ser” del periodismo suele estar guiado por el “deber ser” y a veces coinciden; pero muchas veces no. Estas tensiones y movimientos, entre otros, permiten construir una visión teórica y metodológica del periodismo como campo complejo de relaciones sociales y culturales.

En síntesis, para los autores tratados en la bibliografía de este artículo, estas tensiones y movimientos del periodismo pueden verse como resultado de la realización y confrontación entre el “deber ser” de la teoría escrita y la enseñanza universitaria, y el “ser” de la realidad cotidiana, en los procedimientos de

percepción, elección, registro e interpretación de los hechos sociales, puestos en relación contextual con los demás campos de actividad social/cultural con los cuales tiene relaciones de retroalimentación. En otras palabras, la relación entre la producción periodística propiamente dicha y el contexto social/cultural en el que se inscribe y al cual ayuda a producir y reproducir. En esta imbricación del periodismo como parte sustancial de un campo social más amplio pueden verse patentizadas las características de complejidad enunciadas al principio de este artículo.

Como consecuencia de esta interacción, cada medio adopta una política editorial y fija unos criterios específicos que ayudan a resolver la tensión primordial existente entre las características de universalidad y actualidad, a la vez que establece las de periodicidad y difusión, tal como fueron planteadas por Otto Groth (Faus Belau, 1966, pp. 43-77). Así las cosas, los procesos cognitivos y profesionales que guían la actividad periodística están inscritos en los procesos sociales que los enmarcan. Tanto las cogniciones personales como los procedimientos convencionales, pasando por el comportamiento lingüístico básico, están determinados por las condiciones sociales de su manifestación (Van Dijk, 1990).

Estos procesos específicos de producción periodística han sido tratados ampliamente en la teoría del periodismo (Faus Belau, 1966. Van Dijk, 1990. Gomis, 1991. Randall, 1999. Pena, 2009). Sus aspectos problemáticos son muchos y no es posible tratarlos todos aquí, pero hay que mencionar dos circunstancias cruciales en la determinación de las políticas editoriales de los medios. En primer lugar, las transformaciones tecnológicas y simbólicas. Actualmente el periodismo enfrenta los desafíos derivados de la denominada «convergencia tecnológica», dentro de la cual juegan un papel preponderante los nuevos sistemas multimediales que han facilitado el paso de una situación de «comunicación de masas» a la aparición de una «autocomunicación de masas» (Castells», 2009, pp. 87-93). Todas estas transformaciones, que impactan la totalidad de los tejidos sociales/culturales, han supuesto importantes modificaciones en las políticas editoriales de los medios tradicionales, a la vez que han generado formas muy diversas que desafían la conceptualización tradicional que sustentaban dichos medios, ante la emergencia de otros medios y maneras de comunicar. Esta convergencia tecnológica ha redundado en un fenómeno denominado el «Desorden informacional del siglo XXI» (Posetti y Mattheus, 2018), por el cual la potencialidad comunicativa de los medios digitales emergentes hace mucho más fácil la difusión de informaciones masivas, incluso la propagación de desinformación y la propaganda, afectando la credibilidad y el prestigio del oficio y los medios en general. Esto hace que los periodistas pierdan el lugar central de la enunciación de lo público que tuvieron en la modernidad.

En segundo lugar, el ambiente social actual padece unas condiciones particulares y agravadas de vulnerabilidad física y psicológica de los periodistas, a las

cuales hay que sumar la agudización paulatina de sus malas condiciones laborales. Como puede verse, tanto las condiciones de producción, como las de distribución y consumo, con todos los problemas, obstáculos y limitaciones que tiene el oficio periodístico, están relacionadas con las condiciones sociales/culturales que lo enmarcan. En este sentido, es imposible dejar de señalar como factor condicionante de las políticas editoriales las condiciones adversas del medio social local, inmerso en procesos históricos de conflicto y violencia de larga duración, que hacen del periodismo una profesión altamente riesgosa para quienes la ejercen.

El periodismo, como producto cultural que tiene un interés latente por todos los campos sociales, define unas políticas editoriales que también dependen de las relaciones de este y de los periodistas con dichos campos sociales. Así las cosas, el periodismo es tanto agente como sujeto de la producción y reproducción de mentalidades dentro de un campo de ideologías, religiones, filosofías y demás sistemas de creencias. De este modo, tanto los procesos de producción periodística, como los relativos a los consumos culturales elaborados por públicos y audiencias, se ven afectados por los llamados «sesgos cognitivos» (Rosenbaum y Bonnet) los cuales derivan de formas epistémicas y mentalidades convencionales y adaptadas dentro de nuestros contextos culturales. Una formación epistémica bipolar que supone una negación de la complejidad, el objetivismo derivado de aquella y todo el autoritarismo contenido en una especie de concepto medieval de la verdad absoluta y dogmática (Miralles, 2017), son apenas tres ejemplos de los muchos sesgos cognitivos que inciden en el campo del periodismo.

Discernir los marcos de interpretación periodística implica estudiar la política editorial de cada medio, concepto que tiene una centralidad crucial para cualquier teoría periodística. Por supuesto que cada medio define una política editorial acorde a los fines que persigue. Parte de ella puede ser declarada de manera explícita en códigos de ética o manuales de redacción o estilo; otra parte surge de las convenciones inherentes a las actividades periodísticas dentro de los medios como los discursos y las prácticas, racionalizadas, incluso consensuadas, así como parámetros de interpretación y actuación implícitos, inconscientes, ocultos.

Sobre esta base, se propone un símil extraído de la antropología de la educación. El profesor mexicano Rolando Poblete Melis propone en su tesis doctoral el uso del concepto de «currículum oculto» (Poblete, 2006, p. 51), para designar el cuerpo de discursos y prácticas educativas de transmisión de nociones, conocimientos, cosmovisiones, actitudes y comportamientos no declarados explícitamente en el «currículum visible», y que se dan como efecto de una serie de factores, entre los cuales se destacan los siguientes:

1. El currículo selecciona, pondera y oculta. Dista de ser un resumen representativo de todos los aspectos de la cultura de la sociedad en que surge el sistema escolar.

2. La selección de contenidos realizada por los currículos oficiales es una propuesta de aculturación académica que no representa por igual los intereses, aspiraciones, formas de pensamiento, expresión y comportamiento de los diferentes grupos sociales de la población de la que se nutre el sistema escolar.

3. El sesgo epistemológico que tienen los contenidos afecta a la posibilidad de percepciones plurales del mundo (2006, p. 55).

Una extrapolación no muy descabellada permitiría afirmar que la conformación de una agenda informativa, el proceso de selección y tratamiento de los hechos noticiables en el oficio periodístico, depende tanto de una «política editorial visible» como de una «política editorial oculta». Ambas son producidas por las condiciones sociales/culturales en las que se mueven los medios y los periodistas. Pero la primera es explícita y puede ser examinada y discutida sobre bases positivas, tanto documentales como etnográficas. La segunda, en cambio, juega con la sutileza de los sobreentendidos no dichos pero practicados. Esas «políticas editoriales ocultas» conforman también buena parte del habitus periodístico en tanto son conceptualizaciones y actuaciones altamente ritualizadas sobre las que no hay una conciencia reflexiva.

De manera general, los cuerpos discursivos que soportan los parámetros inscritos dentro de las políticas editoriales visibles o explícitas propugnan por la práctica de un periodismo que se basa en los valores que justifican su participación en el funcionamiento de las sociedades democráticas. Sin embargo, como ya se dijo, las consideraciones del “deber ser” suelen tropezar con dificultades e imposibilidades en el terreno de la realidad. En el examen de estas tensiones, las ciencias sociales y la teoría periodística no pueden hacer muchas cosas por separado. El complejo entrecruzamiento entre las políticas editoriales –visibles y ocultas– con las condiciones sociales/culturales en que se enmarca, hace necesario el tratamiento del tema, más a través de una hibridación de teorías, conceptos y metodologías de todas las ciencias que tienen que ver con la producción periodística, que de la simple combinación de los esfuerzos de estas. En efecto, la complejidad de estas situaciones aconseja mantener un movimiento constante entre la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad.

Esto nos lleva a la consideración de la epistémica del periodismo, asunto de gran profundidad y del cual solo puede hacerse acá un pequeño acercamiento desde la perspectiva de la relación del periodismo con el campo científico y académico en general, pero con mayor relieve en lo que respecta a las ciencias sociales.

## **Relaciones epistémicas con el campo de las ciencias sociales**

La dominancia del positivismo como paradigma científico entre finales del siglo XIX y principios del XX, despertó en las nacientes ciencias sociales la necesidad de afirmarse como tales tratando de imitar a su manera los conceptos

y procedimientos desarrollados por las ya más veteranas ciencias naturales. Tal vez el mejor ejemplo de esta situación sea la sociología, disciplina académica profusamente ligada a la teoría periodística. Si utilizamos el espejo de la evolución de la sociología y el de las demás ciencias sociales pueden situarse elementos que ayuden a comprender la evolución de la teoría periodística.

Hablemos entonces de la sociología. Nueva ciencia con nuevo nombre, inventada por Auguste Comte, para referirse a la que, según su proyecto, debería ser la reina de todas las ciencias: una ciencia social integrada y unificada de corte positivista, es decir, que considera que el conocimiento científico de tipo nomotético es el único válido y verdadero. La sociología como disciplina se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de la institucionalización dentro de las universidades de asociaciones de reforma social destinadas a enfrentar el creciente descontento y desorden de las grandes masas de pobladores urbanos. Para dejar atrás ese origen en una especie de trabajo social y para distinguirse más en el terreno científico-académico en general, los sociólogos empezaron a cultivar un positivismo y una orientación hacia el presente –un abandono de la historia– que los llevó hacia formas de conceptualización e investigación nomotéticas (Wallerstein, 2007, p. 22). Pero Comte no fue más allá de la formulación de unos cuantos principios fundamentales de la nueva ciencia. El mérito del desarrollo conceptual inicial de esta sociología de orden nomotético y positivista se debe a Emile Durkheim, a quien se puede señalar como el representante más destacado de la construcción de unas ciencias sociales de corte explicativo.

El tratamiento académico sistemático sobre el oficio periodístico habría de iniciarse precisamente entre finales del siglo XIX y principios del XX, cuando algunos académicos alemanes proyectaron la construcción de una *Zeitungswissenschaft* o ciencia periodística (Faus Belau, 1966, p. 13). Otto Groth, particularmente, se preocupó por el problema de la “clasificación” de la ciencia periodística frente a otras ciencias. Este autor no estaba de acuerdo con ubicarla como parte de la psicología social, de la historia o de la publicística; más bien cree que estas podrían considerarse parte de aquella, pero no a la inversa (Faus Belau, 1966, p. 33). Groth buscaba establecer unos principios fundamentales para una ciencia periodística independiente y autónoma, pero esto no sucedió. No se adelantó en el desarrollo científico necesario ni se propugnó por incorporar la ciencia periodística dentro de la publicística. Hubo entonces autores que incluyeron la ciencia periodística en la publicística, como también los que incluyeron esta última dentro de la sociología. Groth veía a la sociología como una fuente muy eficaz de información social, pero abogaba por una separación estricta entre esta y la ciencia periodística (Faus Belau, 1966, p. 36).

Esta extrema preocupación por establecer límites, categorías y jerarquías es uno de los rasgos propios de las ciencias positivistas. En el caso de la *Zeitungswissenschaft*

de Groth, ese carácter positivista queda claro con la postulación de las características fundamentales del *Periodik*, a saber, periodicidad, universalidad, actualidad y difusión; y con el establecimiento de un sistema de relaciones en términos de lógica matemática entre dichas características para extraer unas leyes científicas (Faus Belau, 1966, p. 81).

A finales del siglo XIX había unas líneas divisorias claras entre las más o menos jóvenes ciencias sociales. La primera línea separaba el estudio del mundo moderno (historia, ciencia política, economía y sociología) del mundo no moderno (antropología y estudios orientales). La segunda línea apartaba la historia, con su interés por el pasado, de la ciencia política, la economía y la sociología, con sus intereses exclusivos por el presente. Y la tercera línea estaba trazada entre estas tres disciplinas nomotéticas, la economía, la ciencia política y la sociología, y dividía sus objetos de estudio respectivamente en el mercado, el Estado y la sociedad civil. Pero después de 1945 todas estas líneas fueron duramente cuestionadas. Una innovación académica surgida en los Estados Unidos, los estudios de área (Wallerstein, 2007, p. 40), supo proporcionar las primeras bases conceptuales y metodológicas para atacar las divisiones compartimentadas tradicionales de las ciencias sociales.

Los estudios de área buscaban aplicar saberes y métodos diversos en la investigación de las manifestaciones y fenómenos sociales de un área geográfica determinada, que es considerada como área cultural, es decir, un territorio de asentamiento de comunidades humanas con una acentuada identificación en sus patrones históricos, lingüísticos y culturales en general. Como cualquier escuela de pensamiento, los estudios de área tuvieron serias limitantes epistémicas y políticas, además de errores conceptuales y metodológicos que no es posible explicar en este artículo. Lo importante es que pusieron de manifiesto la artificialidad de las separaciones institucionales de las ciencias. Más aún, evidenciaron la arbitrariedad de las distinciones tradicionales entre el mundo moderno y el no moderno, poniendo en tela de juicio el supuesto de que había diferencias radicales entre Occidente y los demás pueblos que justificaban su estudio por medio de disciplinas separadas.

Ya para finales del siglo XX y principios del XXI quizás el estatuto de independencia científica no tenga tanta importancia de cara a los cambios epistémicos que sufrieron las ciencias sociales durante su evolución. Las múltiples superposiciones en los objetos de estudio hicieron que las líneas divisorias fueran cada vez menos claras, convirtiendo a las disciplinas sociales en campos cada vez más heterogéneos y complejos. Esta superposición de objetos de estudio implicó también una superposición de métodos de investigación que comenzó a socavar la unicidad metodológica bajo criterios nomotéticos que había marcado a las ciencias sociales producidas bajo el paradigma positivista. Al cuestionarse la universalidad o pretensión de la totalidad de los discursos de Occidente, se abrió paso a la idea de reemplazar el paradigma positivista por un sistema heterogéneo de paradigmas alternativos, en forma de una matriz poliparadigmática.

Paralelamente, la historia y la antropología, con excepción de algunos enfoques históricos marxistas y del estructuralismo antropológico, se inclinaron por desechar sus inicios nomotéticos, para acercarse a modos de investigación y conceptualización idiográficos, esto es, centrados en indagar, describir e interpretar las articulaciones históricas propias de cada sociedad en su tiempo y en su lugar sin establecer leyes ni modelos universalizantes. La tendencia general de la economía, la ciencia política y la sociología fue hacia un mayor compromiso con los métodos cuantitativos y el paradigma positivista en general, por lo que sus enfoques metodológicos no presentaban diferencias sustanciales. Y aunque organizativamente se mantenían separadas, en la práctica se presentó una creciente superposición de objetos de estudio. Paulatinamente la sociología, al menos en sus variantes marxistas y weberianas, ha ido elaborando una autocrítica al historicismo de sus variantes más tradicionales a la vez que responde a las tensiones epistémicas entre sus orígenes y los desafíos que le propone el mundo actual, ampliando la esfera de sus objetos y métodos de estudio.

Las lecciones de las ciencias sociales deben ser tomadas en cuenta por el periodismo. Es absurdo pretender la existencia de una «ciencia periodística» al estilo nomotético o positivista en la actualidad. Dicha pretensión corresponde más a los sueños de algunos periodistas despistados epistémicamente. A estas alturas no debería hablarse de una ciencia del periodismo: de nada sirve ir creando y desperdigando por aquí y por allá ciencias independientes que tienen que gastar tiempo valioso en pretender determinar límites y tipos de relaciones con otras ciencias cerradas y autónomas.

Pero sí puede hablarse de la formación de una «teoría periodística», abierta a la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, no situada en una posición jerárquica o clasificada con respecto a otras teorías y ciencias, sino como un nodo de una red compleja de conocimientos académicos. Buena parte del gremio periodístico ignora o elude la reflexión teórica conceptual y metodológica sobre el oficio, pues en su opinión no hay que complicarse con ver más allá de un oficio prescribible y practicable. Esta posición se ha visto reflejada en los programas académicos de las universidades, en los cuales el balance entre los conocimientos teóricos y prácticos, con algunas excepciones, es todavía bastante disparateo.

No obstante, muchos otros periodistas de talento han encontrado en la reflexión teórica, conceptual y metodológica herramientas potentes para el desarrollo del oficio y salidas a las tensiones que implica el mundo contemporáneo. Se trata de una teoría periodística que principalmente se ha relacionado con la sociología, pero que paulatinamente puede encontrar en la antropología una batería de elementos conceptuales y metodológicos que le ayudaría inmensamente en sus respuestas a las tensiones de la contemporaneidad, a través de la aplicación no de un solo paradigma epistémico sino de una matriz poliparadigmática.

La crítica aquí hecha a la denominación de «ciencia» corre por cuenta de la confusión que genera para el periodismo toda vez que se usa en sus sentidos positivistas. Y por la valoración extrema que se ha hecho en los discursos sociales dominantes el positivismo como única alternativa seria de científicidad, dicha denominación de ciencia ha pasado a ser más un adjetivo que califica que un sustantivo que describe. Ser denominado como ciencia otorga cierto estatus al periodismo, pero no es ese estatus el que le va a resolver sus problemas conceptuales, metodológicos y éticos. La palabra ciencia juega como artificio que simula una cercanía con las llamadas ciencias duras, y fue precisamente la física, la ciencia más dura, la que primero pudo entrever la complejidad e irreductibilidad del mundo real.

Hablar de una teoría del periodismo en lugar de una ciencia periodística le daría a los periodistas investigadores un poco de humildad necesaria para un campo de conocimientos en franca conformación: no es imperioso reclamar un estatus a partir de un nombre, sino ganarlo con el trabajo y los desarrollos propios. No es necesario ocupar una posición jerárquica, sino saber jugar como un nodo dentro de un sistema de conocimientos en red, cada vez más interconectados, donde los rótulos pueden ser mucho menos importantes que los aportes reales que se hagan a los procesos sociales de conocimiento del periodismo, la sociedad y el mundo en general.

### **Relaciones con los campos sociales políticos y económicos**

Felipe Pena de Oliveira nos dice que los esfuerzos y resultados de la teoría periodística en general se pueden clasificar en dos grandes grupos: los que se centran en la producción y circulación del producto periodístico, y los que se enfocan en los efectos y repercusiones que estos provocan en sus consumidores y el medio social/cultural (2009, p. 19). Estos dos grandes ámbitos no pueden verse como separados e independientes unos de otros: el proceso de interpretación que supone el periodismo también es un proceso de mediación comunicativa social que, según Lorenzo Gomis (1991, pp. 175-187), generalmente presenta tres aspectos: mediación entre ámbito político y ambiente social, mediación entre conocidos y desconocidos, y mediación entre temporalidades.

Así las cosas, el estudio concreto de los procesos de mediación necesariamente cabalga entre dos grandes ámbitos: la producción periodística y su impacto en los diferentes públicos y sectores sociales. Pero la complejidad no para allí: la mediación periodística no es lineal. El autor catalán la llama «mediación generalizada»:

La mediación que realizan los medios en la sociedad es la única mediación generalizada que existe y los políticos, consultados sobre un hecho, suelen decir que no saben más que lo que dicen los periódicos o que se han enterado de la noticia por los medios de comunicación. Así es realmente. De modo que los medios no solo sirven para que el público se entere de lo que pasa, lo comente y eventualmente intervenga en las acciones de curso, sino que sirven también para



que los mismos actores y protagonistas de la actividad social y política sepan lo que ocurre, den su opinión y hagan sus aportaciones al discurso político y social. Lo que no pasa por los medios no pasa por ninguna parte, no deja constancia y no influye. Los medios son el lugar común de la acción pública. En esto consiste su mediación generalizada (Gomis, 1991, p. 179).

Esta cita refleja la influencia de la mediación periodística en los procesos sociales generales y políticos en particular. Si los medios periodísticos son “el lugar común de la acción pública” se comprende su papel en la dinámica misma de la sociedad. La mediación periodística no es lineal, no va en una sola dirección: es más bien circular y cíclica, si se permite reducir la complejidad social a un plano con dos dimensiones. Interpreta hechos en noticias, los divulga y genera repercusiones, que a su vez producirán otros hechos que se convertirán en noticias, y así seguirá el proceso en un ciclo continuo y cada vez más complejo.

En la interpretación de Bourdieu los medios masivos en general y el periodismo en particular son parte tanto del proceso de construcción, circulación e inculcación de los esquemas cognitivos y prácticos de una cultura, así como de los procesos de discusión y de lucha por la legitimidad de las representaciones y el sentido social. De esta forma puede verse que el sistema de comunicación e información tiene un estatuto no solo operativo –fiscaliza, entretiene, debate, valora y fabrica el presente social–, sino también estructural, como parte de la dinámica general de la producción, transformación y reproducción del sentido cultural. “En otras palabras, los campos mediáticos, en la teoría de los universos simbólicos del espacio social, se comprenden como mediaciones de la producción del sentido social” (Andión, 2006, p. 194), es decir, lugares de la construcción de la legitimidad social y por lo tanto arena principal de lucha por la dominación cultural.

La teoría de la agenda setting ha formulado esta importancia. Según esta teoría los consumidores de noticias tienden a considerar más importantes los asuntos que difunde la prensa; de esta manera, los medios de comunicación dirigen nuestras conversaciones, nos dicen sobre qué hay que hablar y determinan algunas de nuestras reacciones (Pena, 2009, pp. 152-156). Como complemento de esta perspectiva, el autor brasileño trae a colación el «modelo de los efectos limitados», el cual plantea que la prensa no altera la opinión del público, sino que contribuye a cristalizar lo que ya piensan o tienden a pensar. Este proceso funcionaría según tres premisas teóricas: “1. El mensaje será rechazado si entra en conflicto con las normas del grupo; 2. El consumo de los mensajes se hace de forma selectiva; 3. Los efectos de los medios son, por tanto, limitados” (Pena, 2009, p. 154).

La teoría de la agenda setting no afirma que la prensa pretenda persuadir, sino que hay una influencia en los ciudadanos que deriva de la dinámica organizacional de los medios con su cultura propia y criterios de noticiabilidad; en otras palabras, las personas tienden a incluir entre sus conocimientos lo que los medios incluyen en su contenido. Esto lleva a la confluencia entre la agenda mediática y la agenda pública.

Esta teoría nos avisa que la agenda pública puede depender en buena medida de la agenda de los medios. Aparece entonces como punto básico en la discusión sobre la influencia de estos, el estudio de las maneras en que los periodistas llevan a cabo el movimiento que va de los hechos sucedidos en el continuo de realidad, hacia los procesos de percepción, elección y transformación que permiten elaborar un discurso periodístico cuyo producto más representativo es la noticia. Dichas etapas –percepción, elección y transformación– pueden agruparse bajo el concepto de «interpretación». De este modo, “el periodismo puede considerarse un método de interpretación sucesiva de la realidad social” (Gomis, 1991, p. 35). Una interpretación que, como producto cultural, manifiesta todos los días su injerencia en todas las esferas del devenir social. Salta a la vista que el estudio de los efectos de los medios y las noticias escapa a las posibilidades conceptuales y metodológicas de una sola ciencia. Son procesos tan complejos que parece mejor abordarlos desde una perspectiva transdisciplinar, en la que se pongan en diálogo horizontal los conceptos y los métodos de las diversas ciencias y cuerpos de conocimientos orientados hacia un tema concreto. En aras de comprender mejor esta complejidad, se consideran en este artículo conjuntamente los campos políticos y económicos, entendiéndoles como campos que estructuran y son estructurados mutuamente, siendo estructurantes básicos de los demás campos sociales.

Como la relación de mediación tiene tanto impacto social, los diversos agentes del campo del poder político buscan constantemente el uso, la cooptación o la coerción de los medios. Hay que partir de una condición simbólica básica, que el etnólogo francés Georges Balandier ubica de manera precisa: “Todo sistema de poder es un dispositivo destinado a producir efectos, entre ellos los comparables a las ilusiones que suscita la tramoya teatral” (Balandier, 1994, p. 16). Para este autor, un poder establecido solo por la fuerza estaría constantemente amenazado, mientras que un poder solo basado en la razón no tendría mayor credibilidad. Así las cosas, el poder necesita la transposición, la producción de imágenes, la manipulación de símbolos y el ordenamiento de un cuadro ceremonial para ser eficaz y reproducirse según sus intereses (Balandier, 1994, p. 18).

Si se admite que toda sociedad está siempre en transformación, nunca estancada, que su unidad no se realiza sino en la imagen que impone precisamente el poder dominante, que sus pretensiones y prescripciones no son jamás del todo conformes con la realidad vivida, se puede comprender entonces mejor la necesidad de producir efectos que asuman una función compensatoria. La sociedad no se «sostiene» solamente por la coerción, ni por legitimar relaciones de fuerza, sino por el conjunto de transfiguraciones de las que es, a un mismo tiempo, objeto y ejecutora. Su orden continúa vulnerable; es portador de perturbaciones y de desorden, ellos mismos generadores de astucias y dramatizaciones capaces de mostrar el poder en negativo (Balandier, 1994, p. 41).

De hecho, la denominada «teoría instrumentalista» afirma que las noticias sirven objetivamente a determinados intereses políticos y desglosa las condiciones de este aprovechamiento, destacando las imbricaciones entre lo político y

lo económico (Pena, 2009, pp. 157-161). Hay entonces una utilización de la información y las relaciones públicas como arma de los gobiernos, dando lugar a una suerte de carrera armamentista de la desinformación, fenómeno existente desde siempre, pero agudizado por las actuales circunstancias de convergencia tecnológica informacional (Posetti y Mattheus, 2018).

No cabe duda de que los medios informativos son el “lugar común de la acción política”, los campos de luchas de los productores de los hechos, lo cual constituye su función de mediación social (Gomis, 1991, p. 203). La socióloga Gaye Tuchman lo plantea así:

Por impartir carácter público a los casos que ocurren, la noticia es primero y primordialmente una institución social. En primer término, la noticia es un método institucional para hacer que la información esté disponible ante los consumidores. El consumidor o la consumidora compra el periódico porque quiere leer los cómics o la columna de *bridge*, saber el pronóstico del tiempo, descubrir qué *films* se están exhibiendo o leer acerca de inundaciones, incendios o en torno al frenesí de la vida social. En segundo término, la noticia es una aliada de las instituciones legitimadas. El Secretario de Estado puede poner a circular una idea en los medios de información. El hombre o mujer “promedio” no tiene tal acceso a los medios. Ni el ciudadano promedio tiene el mismo poder que tienen los políticos y burócratas legitimados, de convertir sus reacciones ante las noticias en políticas y programas públicos. En tercer término, la noticia es localizada, recogida y diseminada por profesionales que trabajan en organizaciones. De tal manera, la noticia es, inevitablemente, un producto de los informadores que actúan dentro de procesos institucionales y de conformidad con prácticas institucionales (Tuchman, 1983, p. 16).

Para la autora norteamericana, “la noticia tiene un impacto aún mayor sobre los políticos y sobre quienes llevan a cabo las políticas”. Incluso lleva un poco más lejos su argumentación: “Sigo sospechando que la noticia es un intercambio entre los políticos, los ejecutores de las políticas, los informadores y sus superiores en la organización, y que el resto de nosotros somos husmeadores ante esa conversación en curso” (Tuchman, 1983, p. 10). Pero no solamente se trata de una dependencia de los políticos frente a las informaciones de los medios, sino que dicha fuerza también actúa en sentido contrario. La mayor parte de las informaciones que reciben y consideran los periodistas provienen de las agencias de noticias y de fuentes humanas; y la gran mayoría de estas últimas son agentes del poder político y económico. El periodista británico David Randall dice de los políticos que “Por lo general, solo nos comunicarán las informaciones que sirvan para promover sus causas particulares”, pero que “si conseguimos tener una relación realmente buena con un político, puede que nos resulte provechosa en muchos sentidos” (1999, p. 78-79). Entretanto, Pena de Oliveira afirma que “las fuentes oficiales siempre son más tendenciosas. Tienen intereses que proteger, informaciones que esconder y se benefician de la propia lógica del poder que las colocan en la clásica condición de institución. Gobierno, instituciones, empresas, asociaciones y demás organizaciones se hallan englobados en esa categoría” (2009, p. 67).

Es un hecho probado la mutua interdependencia entre periodistas y políticos. La mayor parte del periodismo profesa un respeto –si se quiere, exagerado– hacia las instituciones y personajes del poder, en el saber pragmático de que de la voluntad de ellos depende la existencia del oficio mismo. Ya en 1690, en la que puede ser considerada la primera obra de teoría del periodismo publicada en el mundo occidental, Tobías Peucer afirmaba en su tesis número XVII que “Hay luego una segunda cautela: la de no propalar indiscriminadamente noticias de los soberanos que no quieren que se divulguen. Es, en efecto, peligroso escribir de quienes pueden proscribir. Y así los avisados advierten que conviene esperar a que hayan dejado de estar entre los vivos, y no puedan ya hacer daño” (1996, p. 47).

El periodismo guarda también relaciones obvias con el campo del poder económico, el cual está simbióticamente relacionado a su vez con el campo del poder político. En muy buena medida, y aparte de las distinciones técnicas, en el ámbito de la operatividad real lo político y lo económico pueden ser vistos como una misma cosa. Esto se debe a la posición estructural del sistema económico capitalista, durante la modernidad histórica, como determinante principal de todas las demás condiciones sociales y culturales.

A finales del siglo XVII ya era evidente que fueron dos los motivos que impulsaron la proliferación de las “particularmente abundantes” publicaciones periódicas: la curiosidad humana y el afán de lucro (Peucer, 1996, p. 43). A principios del siglo XX se hizo explícito en la naciente sociología de la prensa el carácter de los medios de comunicación como empresas capitalistas, la importancia creciente de la publicidad en la financiación de los medios y la sujeción de los medios a otras empresas dentro de conglomerados empresariales (Weber, 1992. Ross, 2001).

El acercamiento sociológico clásico a la prensa partía de la premisa de que es, necesariamente, una empresa capitalista privada con una posición peculiar, ya que cuenta con dos clases de clientes distintos: los compradores, bien por abono o por adquisiciones puntuales, y los anunciantes. En términos generales, el peso de los anunciantes en el presupuesto de un periódico es mayor que el de los compradores, y es precisamente esta peculiaridad económica la que tiene más consecuencias. Max Weber dijo en 1910: “Una característica de las empresas periodísticas de hoy en día es la creciente necesidad de capital. La cuestión hoy vigente es la de saber en qué medida esa creciente necesidad de capital se traduce en una progresiva monopolización de las empresas existentes” (1992, p. 195). El cambio de opinión de ciertos periódicos era explicado en el contexto académico de la sociología de la prensa de principios del siglo XX porque el gran capital invertido no podía soportar una opinión contraria por parte de sus lectores, si estos demostraban sus diferencias de opinión a través de una disminución de las ventas.

También en 1910 el sociólogo Edward Alsworth Ross publicó el famoso artículo “La supresión de noticias importantes” en el cual explicaba los tres factores más notorios a la hora de definir los contenidos de los medios periodísticos por parte de los poderes económicos y políticos: primero, el carácter de los medios de comunicación como empresas capitalistas; segundo, la importancia creciente de la publicidad en la financiación de los medios y, por último, la sujeción de los medios a otras empresas dentro de conglomerados empresariales (Ross, 2001). Buena parte del artículo la dedicó a mencionar casos concretos y puntuales de censura en la prensa a causa de intereses económicos.

Incluso va más allá de la denuncia y propone poner en práctica lo que llama el «periódico fundación», un tipo de periódico que no dramatizaría el delito ni los asuntos privados; tampoco falsificaría, sesgaría ni haría sensacionalismo. Respetándose lo bastante y siendo serio, decía Ross, un periódico así no podría comenzar igualando la tirada de la prensa comercial; pero sí podría llegar a quienes pueden influenciar al público más general. Quería Ross que este fuera como un periódico corrector, que obligaría a elevar el nivel de la prensa comercial. “El periódico constituido como fundación en una ciudad concreta podría imprimir solamente una vigésima parte de la que ofrece la prensa diaria y, con todo, ejercería una influencia grande y saludable sobre los otras diecinueve partes” (2001, p. 202).

Aparte del posible carácter idealista de una empresa periodística así, es importante tener en cuenta que la propuesta de Ross no ha perdido vigencia y sus argumentos podrían tomarse como el *leitmotiv* de muchos otros intentos sucedidos con el transcurrir de los siglos XX y XXI. Por razones de espacio no se puede profundizar en este artículo sobre esta derivación de las relaciones del periodismo con lo económico y político. Queda pendiente considerar, por ejemplo, la noción de periodismo público, en la cual se plantea un ejercicio del oficio desde la base de los ciudadanos del común y con independencia económica y política con respecto a la empresa privada y el Estado (Miralles, 2000).

Para concretar lo que es necesario aclarar en este trabajo, nos basta con acudir a la llamada Teoría organizacional, la cual sostiene que el trabajo periodístico depende de los medios usados por la organización, siendo el factor económico el más influyente de sus condicionantes. El periodismo es un negocio, y como tal busca el lucro. Está fundamentalmente orientado por el balance contable. El factor más importante de la empresa periodística es el comercial, responsable de la captación de anuncios que sustentan la organización e interfieren directamente en la producción de noticias. En este sentido, sería el grupo de referencia constituido por los colegas y los superiores, el contexto profesional-organizativo-burocrático, el que constituye la principal fuente de expectativas, orientaciones y valores profesionales del periodista; no los intereses de su público ni los valores abstractos de la democracia (Pena, 2009, pp. 145-148).

Estas tendencias han estado presentes desde el origen mismo de la actividad periodística en el contexto occidental moderno, y han ido acentuándose y adaptándose a las situaciones cambiantes del desarrollo capitalista de finales del siglo XX y principios del XXI. Aunque la base de la mentalidad capitalista siga siendo la misma, es muy importante reconocer en ella diferentes matices. Así, se podría asociar un período de mayor valoración de los discursos de los valores democráticos en el periodismo con la vigencia del Estado de Bienestar, mientras que el rampante ascenso del neoliberalismo a partir de los años 80 supone un paulatino deterioro de dichas valoraciones con la ulterior consecuencia de la creciente sumisión de la prensa a los criterios de conveniencia económica y política. Varios factores concurren en este complejo panorama de las dos primeras décadas del siglo XX: la emergencia de neoliberalismo y la consecuente reducción de las funciones estatales, sobre todo en el campo de la difusión comunicativa; la consolidación y el refinamiento de las técnicas de propaganda y comunicación política; la centralidad psicológica que entraña el asunto de la imagen de alguien o de algo; el crecimiento de los grandes conglomerados económicos, que incluyen grandes empresas mediáticas, uno de cuyos resultados es la absorción o desaparición de medios pequeños e independientes. Pero quizás el más importante de todos estos factores sea el de los cambios en los campos de las tecnologías de la información y la comunicación.

### **Campo de las tecnologías de la información y la comunicación**

El ejercicio del periodismo siempre ha tenido que ver con los cambios tecnológicos. Su capacidad de cobertura y difusión ha dependido de todas esas transformaciones producidas durante su historia. El surgimiento de la prensa como producto cultural masivo está ligado a la implementación de la imprenta de tipos móviles en Europa, cuya invención, a despecho de la fama de Gutenberg, ya la habían hecho los chinos alrededor del año 1040 (Pena, 2009, p. 30). De todos modos, era un carácter masivo marcado por la alfabetización, el cual dejaba por fuera grandes cantidades de ciudadanos analfabetas. Posteriores cambios tecnológicos como la radio y la televisión modificaron tanto el carácter de las audiencias posibles como el de las formas de hacer periodismo. Pero el asunto crucial, en el cual estamos inmersos en este mismo momento, es el de las dinámicas del campo del periodismo que tienen que ver con los cambios en las tecnologías digitales informáticas.

Actualmente, el periodismo enfrenta todos los desafíos derivados de la denominada «convergencia tecnológica», dentro de la cual juegan un papel preponderante los nuevos sistemas multimediales que han facilitado el paso de una situación de una «comunicación de masas» a la aparición de una «autocomunicación de masas» (Castells, 2009, pp. 87-93). Todas estas

transformaciones, que impactan la totalidad de los tejidos sociales/culturales, han supuesto particularmente importantes modificaciones en las políticas editoriales de los medios tradicionales, a la vez que han generado formas muy diversas que desafían la conceptualización clásica que sustentaban dichos medios, ante la emergencia de otros medios y maneras de comunicar. Veamos esto un poco más en detalle.

De la comunicación de masas tradicional, predominantemente unidireccional con algunas pocas formas de interactividad, pasamos con el Internet a unas nuevas formas de comunicación interactiva caracterizadas “por la capacidad para enviar mensajes de muchos a muchos, en tiempo real o en un momento concreto, y con la posibilidad de usar la comunicación punto-a-punto, estando el alcance de su difusión en función de las características de la práctica comunicativa perseguida” (Castells, 2009, p. 88). Se trata de una autocomunicación de masas, que es de masas porque potencialmente puede llegar a una audiencia global y es autocomunicación porque un mismo sujeto puede generar el mensaje, definir los receptores y seleccionar los contenidos de la web que quiere recuperar. Estas tres formas de comunicación coexisten, interactúan y se complementan entre sí.

Lo que es históricamente novedoso y tiene enormes consecuencias para la organización social y el cambio cultural es la articulación de todas las formas de comunicación en un hipertexto digital, interactivo y complejo que integra, mezcla y recombina en su diversidad el amplio abanico de expresiones culturales producidas por la interacción humana (Castells, 2009, p.88).

En todo este proceso se ponen en juego diversos conjuntos de transformaciones. En primer lugar, una transformación tecnológica dada por la digitalización de la comunicación, la interconexión de ordenadores, el *software* avanzado, la mayor capacidad de transmisión por banda ancha, la comunicación local-global por redes inalámbricas y el acceso masivo a la Internet. En segundo lugar, la transformación de la estructura institucional y organizativa de la comunicación de masas, a través de la comercialización generalizada de los medios; la mayor globalización y concentración de las empresas de comunicación; la segmentación, personalización y diversificación de los mercados de medios de comunicación, con especial hincapié en la identificación cultural de la audiencia; la formación de grupos empresariales multimedia que abarcan todas las formas de comunicación, incluyendo la Internet; y una “mayor convergencia empresarial entre operadores de telecomunicaciones, fabricantes de ordenadores, proveedores de Internet y empresas propietarias de los medios de comunicación” (Castells, 2009, p. 90). La formación de redes globales de empresas multimedia fue posibilitada por la liberalización, la privatización y la desregulación propias de las políticas gubernamentales favorables al mercado predominantes desde los ochenta.

En tercer lugar, está la transformación de la dimensión cultural patentizada con la intersección de dos pares de tendencias contrapuestas, pero no incompatibles: desarrollo paralelo de una cultura global y de múltiples culturas locales; y ascenso simultáneo del individualismo y el comunalismo como modelos culturales opuestos, pero igualmente poderosos. Los protocolos de comunicación entre estos marcos culturales definen la posibilidad de que se tiendan puentes para salvar las brechas culturales o bien que se fragmenten aún más nuestras sociedades en islotes culturales autónomos y trincheras de resistencia. Cada uno de estos elementos expresa las relaciones de poder que subyacen a la evolución del sistema de comunicación multimodal, lo cual es evidente en la persistencia de la brecha digital entre los países y dentro de los países (Castells, 2009, p. 90).

Muchas situaciones surgen de esta situación actual de la comunicación social. Las brechas educativas en cuanto a la cultura digital tienden a reproducir y a ampliar las estructuras de dominación social por clase, etnia, edad y sexo entre países y dentro de cada país. La influencia de las empresas de medios de comunicación en las instituciones públicas reguladoras pone la revolución de las comunicaciones al servicio de intereses empresariales. La influencia de la publicidad en las empresas de comunicación transforma a las personas en una audiencia medible y subordina la innovación cultural al consumismo comercial. Hay una pérdida de la privacidad mediante estrategias de recuperación de datos personales. Por otra parte, actores sociales de todo el mundo usan estas redes para realizar sus proyectos, defender sus intereses y reafirmar sus valores, dándose cuenta del rol del sistema multimedia en la política y la cultura. Hay movilizaciones sociales y políticas que intentan cierto grado de control de los ciudadanos sobre los controladores de la comunicación. Así, el campo de la comunicación actual pasa por procesos de cambio multidimensional configurados por los conflictos en la estructura contradictoria de valores e intereses que constituyen la sociedad (Castells, 2009, p. 91).

Las transformaciones derivadas de la convergencia tecnológica han hecho aparecer en los diferentes discursos que hablan sobre la comunicación y el periodismo, una serie de términos que han sido definidos de formas disímiles e incluso contradictorias, creando fuertes confusiones a la hora de precisar sus marcos semánticos. Es común encontrar entonces los discursos actuales salpicados con términos como multimedia, hipermedia, crossmedia y transmedia, sobre cuyos alcances semánticos y conceptuales los autores pueden diferir en muy diversos grados.

Términos como multimedia o transmedia no tiene un origen científico ni académico, no describen ninguna tecnología concreta (como podría ocurrir con términos como láser, LED, Internet, etc.). Surgen a partir de modas o estrategias comerciales, motivo por el cual no es posible (ni quizá interese) establecer una definición que recoja la enorme diversidad de fenómenos que se han popularizado haciendo uso de estas etiquetas (Álvarez, 2014, p. 8).



De una manera totalmente abierta a críticas, revisiones y ajustes, y en aras de discusión, se adoptan para este artículo los siguientes intentos de precisión de los términos implicados: «Multimedia» es la combinación de texto, diseño gráfico, sonido, animación y video en un mismo canal, distribuida a través de un ordenador o dispositivo digital y que puede ser interactiva cuando se permite al usuario el control de estos elementos (Álvarez, 2014, p. 9). «Hipermedia» es la combinación de multimedia con hipertexto, es decir, se trata de productos narrativos vinculados con hipervínculos o enlaces. Así las cosas, si bien lo multimedial puede ser o no interactivo, pero lo hipermedial necesariamente lo es (Merello y Quirantes, 2018).

«Crossmedia» se entiende como una estructura narrativa que permite contar la misma historia en diferentes canales, usando la diversidad de estos para llegar a más audiencias (Merello y Quirantes, 2018), y teniendo en cuenta las siguientes características: 1. La producción de contenidos comprende más de un medio y todos se apoyan entre sí a partir de sus potencialidades específicas; 2. Es una producción integrada; 3. Los contenidos se distribuyen y son accesibles a través de una gama de dispositivos; 4. El uso de más de un medio debe servir de soporte a las necesidades de un tema/historia/objetivo/mensaje, dependiendo del tipo de proyecto (Flores, 2019).

La «Transmedia», por su parte, es una estrategia narrativa de comunicación por medio de la cual se cuenta una historia dividida en partes vehiculadas por diferentes medios de comunicación, de acuerdo con su mayor potencial para explorar cada parte de la historia. Puede ocurrir que varias historias de varios protagonistas se complementen y constituyan una única y compleja historia (Gosciola y Campalans, 2014, p. 41). Se trata de una narrativa que implica el entramado de historias que pueden crecer a través de los distintos personajes y situaciones que se desarrollen (Flores, 2019). La narrativa transmedia viene a patentizar el fenómeno de la convergencia tecnológica, siendo una forma comunicativa cuya vigencia es evidente en terrenos como la comunicación estratégica o la ficción.

La relación entre periodismo y transmedia ha sido menos estudiada, pero no por eso ha pasado inadvertida. Como figura problemática, implicada en el descentramiento del papel del periodista como intérprete de lo público, ha aparecido el llamado «prosumidor», sujeto del público que asume un papel activo y no solo consume sino que participa en la producción, divulgación y retroalimentación de la información (Gosciola y Campalans, 2014, p. 45). De todos modos, puede afirmarse que, dentro del periodismo, el género específico de la noticia no se presta al desarrollo de una narrativa compleja, con respecto a la cual se puedan tender múltiples puentes de intertextualidad, como sería el caso de la narrativa transmedia (Gosciola y Campalans, 2014, p. 47). En contraste, el reportaje se presenta como el género más adecuado

para la incorporación de lenguajes transmedia en la práctica periodística, ya que podría responder a las exigencias de interactividad, horizontalidad y extensión de la información que implica esta nueva narrativa (Gosciola y Campalans, 2014, p. 45).

## **Conclusiones**

A raíz de todo lo expuesto en este artículo, se puede caer fácilmente en el impulso de repetir el lugar común de que el periodismo contemporáneo se halla en un momento de grandes cambios. Y es cierto. Las transformaciones que se han dado en el conjunto de los campos sociales han dado lugar a muchos fenómenos, entre ellos, a la pérdida de la centralidad social de los periodistas y de los medios tradicionales como intérpretes del presente social de referencia del que hablara Lorenzo Gomis. La aparición de la figura del prosumidor ha conllevado, cuanto menos a un cuestionamiento del papel del periodismo en las sociedades contemporáneas, y cuanto más a una puesta en duda de su necesidad.

Se sostiene acá que el papel del periodista no es equiparable al de cualquier otro tipo de comunicador, y menos al de un prosumidor. Hay una especificidad conceptual y metodológica de base en el periodismo en su relación con los acontecimientos sociales, tal y como se presentan en su totalidad, lo que no es necesariamente característico de otro tipo de comunicadores o de los prosumidores, los cuales están sometidos a las tensiones propias de sus papeles dentro del Estado o en las empresas privadas o a sus intereses particulares.

Revalorizar y relocalizar el papel del periodismo y de los periodistas en este contexto de desplazamiento de su lugar central en cuanto a intérpretes del presente social, implica necesariamente revalorizar también el papel de la teoría y de la historia del periodismo como base fundamental para la práctica y la producción que necesitan las sociedades actuales.

Se ha querido demostrar en este artículo que una teoría del periodismo adecuada al contexto de las transformaciones actuales de todos los campos sociales, debe tener en cuenta dos premisas fundamentales: en primer lugar, la consideración del periodismo como producto cultural y sistema social complejo, que cumple el papel de intérprete de una realidad física, natural y sociocultural compleja, en medio de relaciones tensas y dinámicas con los demás campos sociales, de los cuales apenas se ha hablado acá del cognitivo/académico, político/económico y tecnológico, pues son los primeros que saltan a la vista.

En segundo lugar, se sostiene en este artículo la necesidad de apoyarse en las herramientas conceptuales y metodológicas de muy diversas tradiciones del conocimiento. La sociología como una topología social escapa a los

alcances de la mera sociología, requiriendo el concierto de la totalidad de las disciplinas académicas sociales y de algunas físicas y naturales. No se trata de eliminar la tradicional interdisciplinariedad, a veces tan mal comprendida. Se trata de desarrollarla y complementarla con una transdisciplinariedad que conduzca a la hibridación de los elementos conceptuales y metodológicos de las ciencias sociales –y de otras ciencias– complementadas incluso con saberes no académicos, en torno a temas, situaciones, procesos y problemas que en su especificidad son el hilo conductor y motivo central de pesquisa. Es un cambio de enfoque que busca establecer entendimientos entre los lenguajes y metalenguajes que han producido las ciencias en torno a objetos comunes de reflexión.

Así las cosas, podría hablarse de la formación de una teoría periodística, abierta a la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, no situada en una posición jerárquica o clasificada con respecto a otras teorías y ciencias, sino como un nodo de una red compleja de conocimientos académicos.

A los periodistas les va a tocar cualificarse teórica, histórica, conceptual y metodológicamente si quieren hacer valer el periodismo como cultural característico útil y necesario en las sociedades contemporáneas.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez-Peralta, Miguel. (2014). *MultimediaStorytelling: arte y técnica de la narración transmediática*. Guía didáctica. Universidad Internacional de Andalucía. Programa de talleres de creación de contenidos digitales. Málaga. <http://blog.uclm.es/miguelalvarez/files/2016/08/materiales-UNIA.pdf>
- Andión Gamboa, Eduardo. (2006). El periodismo y la teoría de los campos culturales. *Revista Versión. Estudios de comunicación y política*, (17), pp. 193-230. [https://www.researchgate.net/publication/315828061\\_El\\_periodismo\\_y\\_la\\_teoria\\_de\\_los\\_campos\\_culturales](https://www.researchgate.net/publication/315828061_El_periodismo_y_la_teoria_de_los_campos_culturales) <http://bidi.xoc.uam.mx/MostrarPDF.php>
- Balandier, Georges. (1994). *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós. <https://imaginariosyrepresentaciones.files.wordpress.com/2014/08/balandier-georges-el-poder-en-escenas-1992.pdf>
- Castells, Manuel. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial. <https://www.felsemiotica.com/descargas/Castells-Manuel-Comunicaci%C3%B3n-y-poder.pdf>
- Cepal (s.f.). Charlas sobre sistemas complejos sociales. Una exploración guiada de conceptos y métodos. 1 CCSSCS: Introducción y características de los sistemas complejos sociales. Video charla Ph. D. Martin Hilbert. [https://www.youtube.com/watch?v=c6\\_K\\_t0LLww&t=821s](https://www.youtube.com/watch?v=c6_K_t0LLww&t=821s)

- Cerón Martínez, Armando Ulises. (2019). *Habitus, campo y capital. Lecciones teóricas y metodológicas de un sociólogo bearnés. Cinta De Moebio. Revista de epistemología de ciencias sociales*, (66), pp. 310-320. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2019000300310>
- Círculo de Periodistas de Bogotá. (2019). Código de ética. Documento PDF en línea. <https://www.circuloperiodistasdebogota.org/wp-content/uploads/2019/11/C%C3%B3digo-de-%C3%A9tica-CPB-FINAL.pdf>
- Escobar, Arturo. (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. [https://books.google.com.co/books?id=P\\_aapX4T8qEC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false](https://books.google.com.co/books?id=P_aapX4T8qEC&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false)
- Escobar, Arturo. (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: ICAN – CEREC. <https://patriciolepe.files.wordpress.com/2009/11/el-final-del-salvaje.pdf>
- Faus Belau, Ángel. (1966). *La ciencia periodística de Otto Groth*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- Flores, Karla. (2019). Multimedia, hipermedia, crossmedia, ¿transmedia? Blog de ciencias sociales [en línea]. Disponible en: <https://www.uic.mx/multimedia-transmedia/>
- Gomis, Lorenzo. (1991). *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Barcelona: Paidós. [https://digital-news8.webnode.es/\\_files/200000051-be39abf34d/7%20Teor%C3%ADa%20del%20periodismo%20-%20Lorenzo%20Gomis.pdf](https://digital-news8.webnode.es/_files/200000051-be39abf34d/7%20Teor%C3%ADa%20del%20periodismo%20-%20Lorenzo%20Gomis.pdf)
- Gosciola, Vicente y Campalans, Carolina. (2014). Géneros de narrativa transmedia y periodismo. En: Denis Renó, Carolina Campalans, Sandra Ruiz, Vicente Gosciola, (Eds.), *Periodismo transmedia: miradas múltiples*. Barcelona: Editorial UOC. [https://www.academia.edu/12023799/Transmedia\\_Journalism\\_multiple\\_views\\_complete\\_book\\_](https://www.academia.edu/12023799/Transmedia_Journalism_multiple_views_complete_book_)
- Maldonado, Carlos Eduardo. (2003). Marco teórico del trabajo en Ciencias de la Complejidad y siete tesis sobre la Complejidad. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 4 (9), pp. 139-154. <http://www.cinfopec.com.mx/doc/cem-0067.pdf>
- Merello Guzmán, Patricia y Quirantes López, Elena. (2018). Diferencias entre crossmedia, multimedia, hipermedia y transmedia [en línea]. Disponible en: <https://pensandoentransmedia.wordpress.com/2018/11/25/diferencias-entre-crossmedia-multimedia-hipermedia-y-transmedia/>
- Miralles, Ana María. (2000). *Voces ciudadanas. Una idea de periodismo público*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Miralles, Ana María. (2017). *Periodismo, opinión pública y agenda ciudadana*. PDF sin datos editoriales, facilitado por la autora.

- Morin, Édgar. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Buenos Aires: Gedisa. [http://grupal.reletran.org/wp-content/uploads/2013/09/MorinEdgar\\_Introduccion-al-pensamiento-complejo.pdf](http://grupal.reletran.org/wp-content/uploads/2013/09/MorinEdgar_Introduccion-al-pensamiento-complejo.pdf)
- Osorio Vargas, Raúl Hernando. (2017). *El reportaje como metodología del Periodismo. Una polifonía de saberes*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Pena de Oliveira, Felipe. (2009). *Teoría del periodismo*. Ciudad de México: Alfaomega. <https://drive.google.com/file/d/1WwtDTZmp6v49Zs8x41K9IuNKlfSuBR7p/view?usp=sharing>
- Peucer, Tobías. (1996). Sobre las Relaciones Novellae. Traducción y notas de Ángel Sierra de Cózar. En: *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, (3), pp. 37-52. <https://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/ESMP9696110037A/13086>
- Poblete Melis, Rolando. (2006). Educación intercultural: teorías, políticas y prácticas. La migración peruana en el Chile de hoy. Nuevos escenarios y desafíos para la integración. Barcelona. Tesis doctoral. Facultad de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona. <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/5519/rpmlde1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Posetti, Julie y Matheus, Alice. (2018). Una breve guía de la historia de las ‘noticias falsas’ y la desinformación: un módulo de aprendizaje para periodistas y educadores de periodismo [en línea]. Disponible en: [https://www.icfj.org/sites/default/files/2019-06/HistoryPropaganda\\_Espanol2\\_final\\_5.pdf](https://www.icfj.org/sites/default/files/2019-06/HistoryPropaganda_Espanol2_final_5.pdf)
- Randall, David. (1999). *El periodista universal*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Reguillo, Rossana. (2007). Pensar la cultura con y después de Bourdieu. En: Portal de Periódicos Científicos de la Universidad Federal Fluminense. <https://periodicos.uff.br/contracampo/article/download/17445/11082>
- Rosenbaum, Judith y Bonnet, Jennifer. (2019). La introspección en una época de “noticias falsas”: Enfrentando el sesgo cognitivo [en línea]. Disponible en: <https://ylai.state.gov/enfrentando-el-sesgo-cognitivo/>
- Ross, Edward Alsworth. (2001). La supresión de noticias importantes. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (94), pp. 191-202. [http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS\\_094\\_10.pdf](http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_094_10.pdf)
- Tuchman, Gaye. (1983). *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili. [https://drive.google.com/file/d/1oGX5UkOdiw71\\_U59YFeuENI96uv9YCYo/view?usp=sharing](https://drive.google.com/file/d/1oGX5UkOdiw71_U59YFeuENI96uv9YCYo/view?usp=sharing)
- Van Dijk, Teun A. (1990). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*. Barcelona: Paidós.

Wallerstein, Immanuel (Coordinador). (2007). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores. <http://books.google.com/books?id=9cNDyAAwRt8C&printsec=frontcover&dq=abrir&num=8 &client=internal-uds&cd=1&source=uds#v=onepage&q&f=false>

Weber, Max. (1992). Para una sociología de la prensa. En: *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (57), pp. 251-259. [http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS\\_057\\_20.pdf](http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_057_20.pdf)